



Museo  
do Pobo  
Galego



instituto de  
estudos das  
identidades

### Conde Flores

Grandes guerras se publican  
por la tierra y por el mar  
y al conde Flores lo nombran  
de capitán general.

Acaban de ser casados,  
ya se tienen que apartar,  
ojos de la condesita  
no cesaban de llorar.

“¿Cuántos días, cuántos meses  
piensas estar por allá?”

“No cuentes meses, condesa,  
por años puedes contar,

se a los tres años no vengo  
a los cuatro más tardar,  
si a los cinco no viniera  
viuda te puedes llamar.”

Pasaran los tres y cuatro,  
nuevas del conde no hay.  
Un día estando a la mesa  
su padre le empezó a hablar:

Deja llantos, condesita,  
niña, te puedes casar.”

“No lo quiera Dios del cielo  
que yo me vuelva a casar,

carta en mi corazón tengo  
que don Flores vivo está,  
dame la licencia, mi padre,  
para el conde ir a buscar.

“La licencia tienes, hija,  
mi bendición además.”

Se arretira a su aposento,  
llora que te llorarás.



Anduvo siete reinados,  
morería y cristiandad,  
anduvo por mar y tierra,  
no pudo al conde encontrar.

Cuando llegó a un alto  
donde logró divisar.  
“Si aquel castillo es de moros,  
ellos me ha de cautivar  
y se son buenos cristianos  
ellos me han de remediar.”

Al bajar a unos pinales  
gran vacada fue encontrar.  
“Vaquerito, vaquerito,  
por la Santa Trinidad,

¿de quién guardas tantas vacas  
todas de un sino y señal?”  
“Del conde Flores, mi amo,  
que en aquel castillo está.”

“El conde Flores tu amo,  
¿cómo vive por allá?”  
“De la guerra vino rico,  
mañana se va a casar,

ya están las gallinas muertas,  
ya están amasando el pan  
y las gentes convidadas  
de lejos llegando están.”

“Vaquerito, vaquerito,  
por la Santa Eternidad,  
por el camino más corto  
tu me has de llevar allá.”

Jornada de todo el día  
en medio la hubo andar,  
al llegar frente al castillo  
con don Flores fue encontrar.

“Dios lo guarde a usted, buen conde,  
limosna me puede dar,  
Dios lo guarde a usted, buen conde,  
y a mi me quiera guardar.”



La novia que estaba arriba  
en un alto ventanal  
“¡Vaya ojos de romera  
nunca los he visto igual!”

“Si los has visto, buen conde,  
que en Sevilla estado has.”

“Si tu eres de Sevilla  
¿qué se cuenta por allá?  
“Del conde Flores, señor,  
poco bien y mucho mal.”

Metió mano a su bolsillo  
un real de plata le da.  
“Para tan alto señor  
poca limosna es un real.”

“Pídame usted, romerita,  
que lo que pida tendrá.”  
“Pídale ese anillo de oro  
que en su dedo chico está,

no me conoces, buen conde,  
a ver si conocerás,  
el abrial de seda verde  
que me diste al esposar.”

El conde al ver el traje  
desmaiado cae hacia atrás  
ni con agua ni con vino  
no lo hacen recordar  
si no con palabras dulces  
que la romera le da.

“Maldita sea la romera,  
quien la ha traído acá.”  
“No me la maldiga nadie  
que es mi mujer natural,

con ella vuelvo a Sevilla,  
señores, con Dios quedais,  
quédase también la novia  
vestidita y sin casar.”